

## CARTA DECIMONOVENA

Esbozo de Pedrito y Simona a los doce años.—La educación no destruye las diferencias esenciales de carácter.—Diferentes actitudes físicas de dos niños: lo que les ha dado de analogía la educación. El peculio intelectual: francés, latín, ciencias.—La cultura moral.—La conciencia.—El conocimiento del yo.—Estado de una buena planta humana, en vísperas de la primavera.

Te he prometido, querida Francisca, para cerrar esta serie de coloquios sobre la «juventud de la infancia», trazar un esbozo de lo que debe ser a los doce años un niño bien educado. Tú sabes que hasta esa edad yo no hago diferencia entre el niño y la niña, puesto que la naturaleza demuestra que no debe hacerse.

¿En qué estado físico, moral e intelectual, pretenderemos que estén Simona y Pedro cuando tengan doce años cumplidos?

Para hacer más inteligible la doctrina de nuestra respuesta «usemos»—como decía ingenuamente el buen Gustavo Aymard—del privilegio de «novelista». Imaginémonos a Pedro y Simona de doce años y veamos vivir tan gentil pareja.

*Simona y Pedrito a los doce años.*

La educación que impone útiles costumbres adquiridas y atenúa las inclinaciones innatas, no pretende cambiar por completo el carácter de los niños. Pedrito y Simona, educados juntos desde la edad de cinco años, según idénticos preceptos y por los mismos maestros, son, no obstante, a los doce años, dos personas muy distintas. De lo cual me regocijo, porque una educación que hiciese a molde los caracteres me parecería execrable.

Por de pronto, no tienen ningún parecido físico. Simona será siempre alta y delgada, y nos preguntábamos si pasará en estatura a Pedrito; pero desde los once años tomó éste una pequeña ventaja que después ha ido aumentando lentamente. Se puede prever que tendría una buena estatura de francés, un metro setenta o por ahí. Pero parecerá más pequeño, por la fuerte anchura de sus hombros que ya se advierte.

¿Qué analogía ha establecido, pues, la educación entre este muchacho fuerte, de crenchas castañas y esta esbelta rubita?...

Primer punto: Que los dos tienen buenos músculos para su edad, una gran ligereza; que saben correr, saltar un foso, franquear una cerca; que son diestros en el juego de pelota, resistentes para el cansancio; que no les asusta saltar sobre un caballo de alquería o remar en una barca, y, que además, sus gestos y movimientos, en todos los momentos y en todas las aptitudes, conservan un aspecto de facilidad y hasta de elegancia.

Tienen también de parecido que aun siendo aficionados a los ejercicios físicos y procurando aventajar a los compañeros o a ellos mismos entre sí, aun sintiendo cierto desdén por los débiles, y «no temiendo a nada», no tienen esa admiración idiota y exclusiva al músculo entrenado. La palabra «sport» no resume para ellos el programa de toda la vida.

Nada de esto ha impedido que se desenvuelvan, naturalmente, las disposiciones propias de cada uno de estos niños. Simona, precoz Atlanta, vence a su primo en la marcha; y en Suiza es la admiración de los guías por su audacia y agilidad. Pedrito es un diestro ciclista; tiene facilidad sorprendente para todos los juegos de destreza. Los dos bailan agradablemente (con un poco de rigidez infantil) y los ejercicios de gimnasia no tienen para ellos dificultades.

*Principio.* Hasta los doce años no dejéis que el niño se dedique con exceso al sport, que acarrea siempre deformaciones. Si el niño que habéis educado tiene a los doce años buenos pulmones, buenos músculos, destreza, audacia, cierta gracia de movimientos y eso que hemos llamado el sentido del record, podréis estar seguros de que habéis sido para ese Aquiles un precioso Quirón.

\* \* \*

Segundo punto: ¿Qué peculio intelectual han adquirido ya y puesto en reserva estos niños? ¿Qué saben, en el sentido verdadero y profundo de la palabra? Pues bien:

Primeramente, saben y comprenden su lengua

materna, el francés. Así se distinguen de la mayoría de sus contemporáneos, que «poseen» un vocabulario de tres o cuatrocientas palabras de las que se sirven, a despecho del sentido exacto de la sintaxis. Aplican sin vacilar las reglas de la ortografía, que no son tan fantásticas como algunos dicen. Añado que al enseñarles a hablar se ha procurado que no sean cortos de palabras o ideas, cuando se trate de hablar solos delante de un auditorio, explicando o relatando alguna cosa.

Ahora bien, estos ejercicios de palabra, lejos de inclinar al niño a la charlatanería, les acostumbra a elegir las palabras y a construir de antemano la frase que van a proferir.

Sin duda, enriquecerán su vocabulario más allá de la sintaxis que poseen, penetrarán las razones lejanas que tiene la lengua de ser lo que es, percibirán mejor la armonía de la forma, la elocuencia, el ritmo, la poesía. Pero el aprendizaje puramente escolar habrá terminado. A los doce años Pedro y Simona hablan, comprenden, leen y escriben el francés, cuando casi todos los niños de su edad balbucean un lenguaje elemental que no podrá expresar claramente ninguna idea, por vulgar que sea, «y, por consiguiente, son incapaces de toda idea, salvo las más vulgares».

Es verdad que esos otros niños de la misma edad y de la misma posición social «hablan», en cambio, el inglés o el alemán, y a Pedrito y Simona se les ha excluido esa enseñanza. Pero no resulta para ellos perjudicial, puesto que no es costumbre que ningún niño burgués de menos de doce años se encuentre solo en tierra extranjera. En unas excursiones hechas con sus padres al otro lado de la Mancha y de los Vosgos, mis pupilos han visto la molestia que proporciona no poder hablar

ni comprender la lengua del país. Se les ha prometido iniciarles más adelante. Y ahora preguntan «cuándo empezarán los idiomas», como antes preguntaban «cuándo empezarían a trabajar».

Sin embargo, también saben expresarse, leer y escribir de corrido, en otra lengua además de francés: en latín. Un erudito eclesiástico ha consentido, de acuerdo conmigo, en experimentar sobre ellos para la enseñanza del latín el procedimiento ordinariamente empleado para los idiomas extranjeros. Este procedimiento ha dado, naturalmente, el mismo efecto para el latín que para el inglés o el español. Así, mis pupilos se han acostumbrado a leyes de lenguaje nuevas para ellos: declinaciones, género neutro, construcción ligera y variable que encontrarán después en los idiomas, y también han ampliado su concepción de la sintaxis. Pero no han falseado el acento francés, y, lejos de enredar los conocimientos de su idioma propio, este aprendizaje los ha hecho más profundos, más amplios, más racionales. No ha sido tiempo perdido, no, sino muy bien ganado. Aprender el latín es el camino más corto para saber a fondo el francés. Añadamos que en adelante están disciplinados para el aprendizaje de las lenguas extranjeras.

Al que me objete que «la enseñanza del latín, aceptable para Pedro, es superflua para Simona», puedo responderle: «Pruébeme usted la imposibilidad de que dentro de diez años sea Simona doctora, abogada o alumna de la Escuela Normal.»

En ciencias y matemáticas se les ha familiarizado con las figuras geométricas y se les ha hecho «comprobar» lo más posible las propiedades de esas figuras, evitando las demostraciones. Pero saben «de vista» y, por consiguiente, han retenido

que la diagonal de un triángulo isósceles es perpendicular a la base, y que la sección oblicua de un cono es una elipsis.

En aritmética se ha procurado, ante todo, enseñarlos a calcular. Nada de teoría. Sumar, restar, multiplicar y dividir con rapidez y seguridad. Una educación de contable. Pedrito ha recogido admirablemente la enseñanza; Simona no le iguala, pero como desde los cinco años ha «aprendido a aprender», es decir, a aplicarse, a esforzarse, a volver a empezar, a no contentarse con el poco más o menos, calcula aceptablemente.

Las nociones descriptivas, visuales, prácticas de física, de química, de historia natural y de cosmografía, han representado en esta educación un papel recreativo. No hay niño que no se interese de este modo.

La historia y la geografía nos han consumido muchas horas. Y, sin embargo, lo que estos dos niños saben de historia cabría en treinta páginas. Y lo que saben de geografía, en sesenta. Pero, primeramente, saben esas páginas «como el Padre Nuestro», y, además, las comprenden a fondo porque corresponden para ellos a realidades. Saben un pequeño número de fechas elegidas entre las que marcan verdaderamente las épocas de la historia; en fin, saben la historia en conjunto de un siglo cualquiera, y sí un hecho importante del que la memoria no ha tratado de retener, «el año» procede o sigue a otro, y se inscribe al final o al comienzo de un siglo. En fin, saben sincrónicamente la historia de toda la humanidad y no están expuestos a las equivocaciones de tantos bachilleres que no han reflexionado nunca sobre la simultaneidad de acontecimientos históricos que apren-

dieron salteados, unos en tercer año y otros en retórica.

La geografía que saben ocuparía en concreto unas sesenta páginas, sabidas también como el Padre Nuestro, y muy poco cargadas de detalles; pero es también universal y, hasta ahora, Francia no ha sido objeto de un estudio más profundo: esa será la obra de mañana.

Sesenta páginas de texto bien sabidas y confirmadas por una infinidad de ejercicios prácticos sobre el mapa. Basta eso... Sin embargo, en los liceos ponen entre las manos de niños de la misma edad un volumen de «setecientas páginas» isólo para la geografía de Francia!

*Principio.* Habréis llenado maravillosamente vuestra misión de educador intelectual si a los doce años sabe el niño trabajar, si conoce bien la lengua natal, si prolonga ese conocimiento con el latín, si posee la sucesión de las grandes épocas históricas y el aspecto general de la tierra, si calcula rápidamente y con seguridad, si sus ojos están acostumbrados a las figuras geométricas y si tiene nociones elementales pero precisas de los cuerpos usuales y las fuerzas de la naturaleza.

\* \* \*

Tercer punto: La educación del corazón.

No es necesario, mi querida sobrina, que yo repita aquí, en resumen, lo que he detallado largamente en mis cartas anteriores. Lo que quiero es dejar sentado cuál debe ser la etapa moral del niño entre los ocho y los doce años.

A los siete años, toda la moral del niño está

contenida en estos dos preceptos: «Obedecer y no mentir». Sin explicaciones de ningún género sobre el bien o el mal de las cosas. El bien es lo que ordenan los padres. Y la sanción sigue infaliblemente a los actos, sin indulgencia para el perdón, ni mimo para la recompensa.

A los doce años, para el niño bien educado, la idea del bien y el mal no es ya una prescripción ni un deseo de recompensa. Si yo fui un buen educador, mi discípulo está ya gobernado por la fuerza íntima de su conciencia. La conciencia de un niño de doce años es, a veces, más lúcida y tiránica que la de un adulto: el adulto aprende a adormecerla. Nosotros hemos querido que las conciencias de Pedrito y Simona fuesen unas balanzas sólidas, sensibles y justas. Les hemos hablado con frecuencia del bien y del mal; les hemos acostumbrado a examinarse a sí mismo, a pensar sus actos, a juzgarse. Les hemos hecho comprender estos tres artículos de la moral: No perjudicar a nadie, no engañar y no decaer ante el propio albedrío. Y si el catecismo nos ha parecido la mejor enseñanza moral, hemos cuidado de que esta moral de catecismo no fuese para ellos una enseñanza como las otras, confinada en un libro objeto de deberes y exámenes y reservada a nuestros religiosos. Para Pedro y Simona la moral, el examen de conciencia y la meditación sobre el bien y el mal, son cosas de la vida corriente que van tejidas con los días.

Claro está que nuestros constantes esfuerzos no han cambiado radicalmente los caracteres de nuestros discípulos. En cada uno de ellos hemos tenido que combatir diferentes defectos, y los resultados obtenidos no son iguales. Pedrito es un niño

fácil y sincero, pero un poco egoísta. No se preocupa gran cosa de disimular sus actos, porque le hacen poco efecto las reprimendas, y sufre filosóficamente los castigos. Simona, ultra-nerviosa, que tenía antes rabietas que la dejaban casi enferma, se inquieta por agradar a las personas que le son queridas, y le duelen mucho más los regaños y los castigos. Pero, mentía... El cuidado continuo del educador ha atenuado en el niño los efectos del egoísmo y ha hecho a la niña más franca y más equilibrada. Esto no quiere decir que su educación moral esté terminada. ¡Ni mucho menos!... Estamos satisfechos de nuestros esfuerzos, si hemos perfeccionado el instrumento de su conciencia, si les hemos inculcado la disciplina moral, la costumbre de examinarse y juzgarse a sí mismos. Son sinceros para la vida y han contraído la costumbre de mirar siempre de frente. Puesto que, como ha dicho con justeza Montaigne, somos dueños de transmitir nuestras pasiones a los niños, nosotros les hemos dado la pasión de la sinceridad para con el prójimo y para consigo mismos.

En fin, a todo este conjunto de educación física, intelectual o moral, no hemos descuidado añadir lo que yo he llamado «las maneras, el acento, la elegancia»... Pedro y Simona no ignoran las artes, ni son insensibles a ellas. Simona demuestra una viva afición a la música; Pedro dibuja bien; por lo tanto, no le hemos obligado a aprender música, como tampoco a Simona dibujo. Pero los dos saben solfeo y están diestros en el dibujo utilitario. Además, ante un cuadro, un palacio, un jardín o después de haber leído una página de un buen autor, son capaces de expresar y de defender una opinión crítica, a veces ingenua y a veces errónea,

pero nunca imbécil, nunca a «tontas y a locas», y, sobre todo, nunca expresada «porque se ha oído».

\* \* \*

Así, pues, sus músculos son firmes, su espíritu sutil, su conciencia está disciplinada. No son ni atletas, ni sabios, ni santos. Son una planta humana, verde, de buenas raíces, bien dirigida, bien nutrida, bien podada. Ahora, que venga la primavera a hacerla florecer.

## CARTA VIGESIMA

Ambleuse y la Reina del Bosque.—Mis huéspedes.—Abundancia de discípulos.—La edad ingrata. Un almuerzo con la nueva incubación.—Reflexiones sobre la crisis del respeto.

Ambleuse, 1 de septiembre.

Héme ya instalado, mi querida sobrina, en la mansión encantadora y silenciosa donde nuestro amigo Lespinat me tenía convidado, desde hacía mucho tiempo, a pasar una temporada. Cuando nos encontrábamos en tu casa, me decía siempre:

—Si va usted a Berry este año no viva en casa de mis vecinos los Laterrade. Son simpatiquísimos, pero, aquí entre nosotros, el ruido y el desorden de esa casa deben ser muy contrarios a las costumbres de usted... Ambleuse es más pequeño y menos suntuoso que la Reina del Bosque; pero además de que Ambleuse tiene más estilo, allí nada turbará sus meditaciones, su lectura o su trabajo. Yo estoy en el campo cazando desde por la mañana hasta la noche. En cuanto a mi hijo Jorge es, como usted, un hombre de papelotes y libracos. Además, profesa a usted tanta estimación, que no se movería en todo el día para no molestarle. Hágame caso y véngase a Ambleuse.